

vera actitud les leía el Evangelio de San Lucas, la mano posada en sus cabezas y dándola á besar una vez concluída la lectura.

Por supuesto que, como buen hijo de su época, no obstante los muchos hurtos, trampas, arañerías y marañas que hacía en caminos, aldeas y poblaciones, de poca ó mucha importancia, con individuos hispanos ó de diversas castas, siempre el gusanillo de católico, apostólico, romano y de antiguo y sincero creyente, le roía la conciencia, y así, cuando á la postre de confesar á los indios, les daba la absolución, entre dientes, decía esto: «andad con Dios, hijos, Dios os tenga de su mano y á mí también;» y en las misas cantadas ó rezadas, nunca dijo sobre la hostia y cáliz las palabras de la consagración, que previene el ritual, sino estas otras: «Señor mío Jesucristo, ten misericordia de mí, y traeme al verdadero conocimiento de mis culpas.»

\* \* \*

La fama de sus robos y engaños corría por todas partes, pues había hecho víctimas sin número, lo mismo en ranchos, haciendas y villorrios, que en las ciudades de Oaxaca, Puebla, Michoacán, Guadalajara y México; y la fama refería también, volando por los aires y dando largos trompetazos, que aparte de sus embaucamientos para hacer drogas, era además habilísimo en huir de las prisiones y cárceles, tuviese grillos ó esposas, ó estuviera en calabozos ó subterráneos; llegando á escapar hasta de las garras del Santo Oficio, la primera vez que lo tuvo en su poder cerca de una cuarentena de días.

Y sucedió que cierta vez, estando preso en la Cárcel de Corte, situada en el Real Palacio, el Virrey tuvo comezón de conocerle é interrogarle, para que le dijese el cómo huía burlando la vigilancia

de los que bien le custodiaban, y á fin de rascar aquella su sarna de curioso, ordenó que subiera Garatuza á la sala de recepciones, y teniéndole frente á frente, pero rodeado de alguaciles y corchetes, de lacayos y pajes, después de mirarle á todo su sabor, le preguntó:

—Dime, Martín, ¿cómo es que rompes fuertes grillos y te escurres cual si fueras aire por las rendijas ó agujeros, que son los únicos que te pueden dar salida en los calabozos? ¿Eres mágico, encantador, hechicero, ó acaso has hecho pacto implícito ó explícito con el Señor de las tinieblas? Contesta, que muero en deseos de saber el secreto. . . . .!

—¡Ah, Excelentísimo Señor!—contestó Garatuza—este es secreto mío que conmigo bajaría á la tumba, si Vuestra Excelencia no hubiese la curiosidad que tiene; pero para comunicarlo á Vuesa Excelencia, es preciso que estemos solos, que nadie, absolutamente nadie, nos escuche. . . .

Atardecía. La sala de recepciones del Real Palacio estaba casi á oscuras, por que sólo las candelas de cera blanca y lacrimosa, colocados en sendos candelabros de maciza plata, alumbraban aquella escena, en la que figuraban como actores de primera fila, el Virrey, sentado en cómoda poltrona y tras de mesa monumental cubierta de rica carpeta de terciopelo rojo con flecos de oro; delante, el pillito redomado Martín Droga, Lutero ó Garatuza; y en segundo orden, como á modo de comparsa, los asombrados y respetuosos alguaciles y corchetes, pajes y lacayos.

D. García Sarmiento de Sotomayor vaciló ante la exigente respuesta de Martín. Cierto miedecillo acompañado de calofrío recorrió su cuerpo, pero en breve se repuso; hirvió en sus venas la sangre azul de los antepasados, plétórico de orgullo; sin titubear, púsose en pie, y con voz de mando ordenó despejar la sa-